

"Mi Cristo Roto" **camina sobre las aguas**



Testimonio de Catalina
sobre la obra del P. Ramón Cué S.J.

Mi Cristo Roto camina sobre las aguas

(Testimonio de Catalina sobre la obra "Mi Cristo Roto". del P. Ramón Cué, SJ)

Gracias, Dios mío, gracias por todo: por cada sonrisa, por cada rosa, cada espina y cada lágrima. Gracias por tanta gente buena... Gracias por todos los que durante este año estuvieron en mi acera o en la vereda del frente. Bendícelos a todos, porque todos son Tuyos. Gracias, Señor, gracias por Tu guía.

Gracias, Madre, María, Pura y Santa. Estrella de la Nueva Evangelización, por tener a los míos y a los que me confiaste, bajo el celoso cuidado de Tu mirada y en el recinto de Tus manos orantes.

Gracias, querido Toño, mi Ángel Guardián, por trasnochar conmigo y ayudarme tanto.

Gracias, papá, mamá, mamy Lizy y Chinito, mamá Nelly, Pepita, María Esperanza de Betania, porque desde el cielo viven cada situación con nosotros, intercediendo ante el Altísimo, en esa maravillosa Comunión de los Santos.

Gracias, Dios mío, gracias por todo...

El presente escrito no tiene más ni menos valor que el de un testimonio, acerca de lo que puede obrar el Señor a partir del encuentro de un alma cualquiera con una obra inspirada por Él.

Lo presento ahora a mis hermanos, en primer lugar, con el propósito de invitarlos a meditar sobre lo que el P. Ramón Cué SJ. ha escrito. Pero me interesa también compartirles lo que esa lectura me ha ayudado a mí, en un momento en el que verdaderamente lo necesitaba... ¡sólo nuestro Señor sabe cuánto!

Catalina

Primera Parte
El inicio de este testimonio

1. Perdida en la verdadera historia

Hace algunos años, una monjita dominica llevó a una de las reuniones de mi grupo de oración un casete de video que se llamaba “Mi Cristo Roto de casa en casa”. Recuerdo que lo pasaron luego del rezo del Santo Rosario.

Yo estaba colaborando con los organizadores en diversos quehaceres, y por eso, aunque me interesaba lo poco que alcanzaba a escuchar, no le di la atención debida. Quise prestarme luego el video, pero ya lo habían devuelto y no me fue posible verlo más.

Durante todos estos años transcurridos desde aquel entonces –serán unos once, más o menos—, tenía el vago recuerdo de que aquella obra era un diálogo, entre un hombre que había comprado un crucifijo roto y el Cristo de ese crucifijo, que le hablaba y le decía que no lo restaurase...

Recordaba, según yo, que su crucifijo iba a diferentes casas, y que en tal proceso se le había perdido, y que el hombre puso un anuncio buscando a su Cristo, o la Cruz... o algo así...

Como verán en seguida, a través del texto que les copiaré más adelante, de una versión de la obra bajada de Internet, mi idea del “Cristo Roto” estaba bastante perdida, y la historia que había recreado a partir de los trozos que alcancé a oír aquella lejana tarde, casi nada tenía que ver con la historia verdadera, o, mejor dicho, con el tema real de la grabación.

2. El momento que estoy viviendo

Desde hace casi tres meses estamos fuera de casa, y para ayudar a mi esposo a llenar las horas en las cuales trabajo junto al Director General del Apostolado y Padre espiritual mío, siempre estoy buscando para Hugo charlas grabadas en audio, para que vaya haciendo sus reflexiones y continúe creciendo en el espíritu junto al Señor.

Este tiempo ha sido uno de los más difíciles para mí. Muy duro en sufrimientos, no tanto físicos –aunque felizmente estos jamás me faltan- sino, sobre todo, en los padecimientos anímicos y espirituales.

El motivo inicial de nuestra primera venida a los Estados Unidos, siete meses atrás, fue la enfermedad de Laura, mi amiga, mi hermana desde hace más de ocho años. Con un diagnóstico de Leucemia, llegó a este país, sola, sin conocer el idioma, y fue internada en un Hospital en el que no se hablaba castellano. Sin embargo, el Señor que es tan bueno, le dio una Doctora brasilera que es un ángel de Dios y ella sí lo habla .

La noche en que la dejamos en el Hospital, luego de un trámite de más de 4 horas, lloré muchísimo, evitando que ella me viera. Le habíamos cortado el cabello el P. Renzo y yo, puesto que la doctora dijo que era lo mejor, porque la quimioterapia que le harían era tan agresiva que la dejaría pelada y no recomendaba que ella se deprimiese al ver la caída por mechones de su cabello. Laura tuvo siempre un pelo largo y muy bien cuidado, que era quizás una de las características físicas más relevantes de su personalidad.

Veía que eso la haría sufrir, así es que le sugerí cortar de raíz todo ese apego a la vanidad, que como todas las mujeres, ella tenía. Corté su cabello sin forma, lo más chico posible. Recuerdo que el P. Renzo me llamaba la atención diciéndome que estaba mal, que no era así, y yo le hacía señas para que disimulara.

Yo quería que ella se encontrara lo peor que pudiera, para que al raparle la cabeza las enfermeras, lo viese como una solución, y se sintiese mejor que estando con aquel corte desprolijo que le estábamos dejando. Pero el P. Renzo no me comprendía lo que trataba de hacer y vi a Laura sumamente deprimida, triste, creo que fue una de las poquísimas veces que la vi decaer anímicamente en todo este proceso.

Sólo el Señor puede saber lo que sentía y sufría yo a la sola idea de que Laura también se fuera con Él. Un año antes de perder a mi hermano y a mi mamá, se había ido Pepita, una queridísima amiga, a quien más que amiga, siempre consideré una hija más.

Fue tan tremendo para mí ese golpe -como para muchas personas del Apostolado que conocieron a Pepita- que únicamente el dolor de la enfermedad de mi mamá, pudo rescatarme de aquella otra pérdida... Hoy sé que fue lo mejor, uno de los tantos actos

de Misericordia de Jesús para con ella y para con nosotros, y le doy gracias también por eso.

Asumí el cuidado de Laura con mucho amor. Yo era la persona que más cerca ella podía tener, a dos horas de vuelo desde Mérida, pero no era suficiente. Yo debía ver dónde y con quien la dejaba, guiarla en los primeros pasos y ofrecerle mi compañía para darle ánimos.

Luego de regresar dos veces a Mérida, el Señor nos trajo por un tiempo más largo a los Estados Unidos. Sin embargo, no fue tanto para estar junto a Laura, como en principio pensé, sino que Dios tenía otros planes para nosotros. Poco pude estar con Laura, aunque todos estos meses me tuvo cerca, en general a menos de una hora de distancia.

Hay dos cosas que no quiero omitir en este inicio del relato: En primer lugar, la profunda evangelización que recibimos todos cuantos estuvimos cerca de Laura: Siempre sonriendo, feliz de anunciar a quien quisiera oírlo que “tenía cáncer”, pero que confiaba en el Señor y que Él la sanaría. Siempre con una palabra de aliento a mis sufrimientos, si hasta parecía en muchas oportunidades que era yo la enferma y ella la sana... ¡qué vergüenza, Señor!

En segundo término, mi enorme gratitud hacia mis queridas amigas cubanas que asumieron el cuidado de Laura mejor de lo que yo habría podido hacerlo.

Dios Ha hecho cosas maravillosas a través de Laura, lo sé, estoy segura de ello: Todo ese dolor, ese miedo, esa angustia e impotencia, se canalizaron hacia un arroyo de fe y de amor al Señor, en el cual Jesús la sumergió para sacarla de allá sana y fuerte, como - ¡Bendito sea Dios!- hoy está.

Estoy segura de que el ANE, cada uno de sus integrantes, las personas que se encomiendan a nuestras pobres oraciones, los que nos combaten, los que nos dañan, deben mucho a Laura, porque cada suero, cada “quimio”, cada dolor, cada minuto de silencio en un lugar donde hablan un idioma que no conoces, han tenido la suerte de ser elevados a Dios por todos nosotros, como sublime sacrificio, desde el lecho de la fe.

Allá se libraba una batalla tras de otra, entre el maligno que trataba de desanimarla y lo poco que podíamos hacer llevándole una que otra lectura, algunos CD's de música, charlas, lecturas, manualidades, etc. Triunfó una vez más el Señor de la vida y de la muerte. Triunfó y ella vuelve ahora a su casa, **completamente sana, según los reportes médicos**, para ser testigo del Amor Misericordioso de Dios en esta gran cruzada por la salvación de las almas.

3. Un canto a la vida. Nuevos senderos, nuevos desafíos

En este tiempo tuve el placer de conocer a Magaly Llaguno, otra de las extraordinarias mujeres que pisa este planeta, para quien la vida es un desafío cada día , y para quien las palabras cansancio, enfermedad y letargo están prohibidas.

Una mujer que con solo escuchar las palabras aborto o eutanasia se reviste de la Gracia de Dios, como un gigante, para enfrentarse a todos quienes consciente o inconscientemente hacen que los inocentes clamen venganza al Cielo, por los graves crímenes de la humanidad.

El Señor nos guió para darle nuestro respaldo, aunque ya existía el Ministerio Pro-vida en nuestro Apostolado, conducido en una forma muy responsable y digna por parte del P. Miguel Manzanera SJ y de Mario Rojas, dos de las personas más organizadas y trabajadoras que he conocido en mi vida. Pero ahora Jesús nos marcaba un camino más fuerte, más duro, valiente y decidido.

Así fue que tuvimos la reunión con Magaly y Mario, el P. Renzo, Francisco, mi hijo y Secretario General Del ANE, David y Martha Lago, Secretario de Hacienda y Coordinadores del ANE en México, Hugo, mi esposo, Laurita y yo, con el fin de coordinar un poco el trabajo y planificar las líneas de acción en adelante.

Debo comentar que desde aquel día en el que nuestro Apostolado se unió formalmente, ya no sólo como un Ministerio, sino como una verdadera alianza a los grupos de Vida Humana Internacional, pareciera que todas las fuerzas del mal se hubieran desatado contra nosotros, a través de muchas personas y circunstancias.

Algunas manejables, desde el punto de vista de una mayor dedicación al trabajo, las relaciones humanas, la oración y la fe. Y otras a las que, lamentablemente, debemos resignarnos, amarrándolas como están y dejándolas a los pies del Santísimo Sacramento, pidiendo a Jesús Su infinita Misericordia y la guía de Su Santo Espíritu, para tratar de entender a las personas que nos dañan y devolverles cualquier ofensa con auténtico amor.

4. Hablando de vida, una breve historia de perros

Hace como 4 meses, la perrita poodle que tenemos en casa fue mamá por primera vez, dándonos 5 hermosos cachorritos. La pobre perra no sabía lo que era un embarazo, y por supuesto, no comprendía la maravilla que se estaba gestando a través de ella.

Sin embargo, a la hora en que le tocó dar a luz, nos conmovió con su desesperación por levantar a sus hijitos del suelo, cada vez que se caían de la pequeña cama que había escogido a último momento para traer al mundo a sus crías.

Me miraba desesperada, mientras yo la observaba desde una distancia prudente. Cuando no podía levantarlos por sus propios medios, corría hacia mí para pedir con ladridos que la siguiera, que la ayudara a salvar a sus hijitos.

Estaba sufriendo, adolorida seguramente, desconcertada, sin comprender lo que le estaba pasando, pero su instinto materno superaba todas sus limitaciones: dolor, temor, pudor, incapacidad...

Tal vez muchos piensen que estoy mezclando las cosas y distrayendo la historia central con bobadas, pero yo pienso que no es así.

Siento que debo aprovechar estas páginas para decir, para gritar a todos aquellos que promueven el aborto, a todas las jóvenes y no tan jóvenes que se consideran dueñas de decidir “cuándo”, “cómo”, “dónde”, “en qué circunstancias” y “de qué sexo van a tener sus hijos”, o cuándo van a permitir que otras mujeres los tengan, que no les vendría nada mal presenciar el parto de un animalito...

Le doy gracias a Dios por haberme permitido ser testigo de este milagro con esa apertura de corazón y de razón que indudablemente fue preparada por Él mismo. ¡Fue un verdadero himno a la vida, al Amor y a la naturaleza...! Por supuesto, ¡fue un himno de la misma naturaleza, elevado al Señor de la Vida!

Señoras o señoritas que promueven el aborto o los abortos, que pretenden quitar al Autor y Dueño de la vida Sus legítimos e incompártibles derechos... a ustedes, que bajo el lema de que “la mujer tiene el derecho a decidir sobre su propio cuerpo”, están encubriendo el “derecho” de matar, que jamás será un derecho...

A ustedes les digo, por favor, piensen seriamente lo que están haciendo y pónganse de rodillas, suplicando el perdón de Dios y dando un giro radical en su camino, porque lo que les espera del otro lado es tan horrible, que ni se lo imaginan.

Pues así como todos los dolores que habrán de sufrir ustedes en la vida, no alcanzan a la milésima parte de los dolores que harán sentir a sus propios hijos para arrancarlos de sus vientres, así tampoco los dolores de un niño en el más terrible de los abortos,

alcanzarán ni a la millonésima parte del sufrimiento eterno al que las está condenando su ceguera.

Mi misión en este paso por la tierra es una sola: llevarle tantas almas como pueda a Jesús. Por eso, como mujer que soy, les estoy dedicando unas líneas, sin el menor deseo de confrontar ideas o argumentos; sin el menor ánimo de lastimarlas, todo lo contrario: Sólo quiero suplicarles que reconsideren lo que están haciendo y paren esta loca carrera hacia el abismo; la carrera suya y la de todas aquellas ingenuas a quienes ustedes “ayudan generosamente a salir de un problema”.

No sé cuánto pueda una palabra mía, tan pobre y pecadora, hacer por llegar al corazón de ustedes. No sé a cuál de ustedes llegarán estas palabras, pero tampoco me preocupo pues sé que el Señor se encargará de ello...

Lo que no quiero es que ese pecado de omisión caiga sobre mí el día de presentarme ante el trono de Dios para ser juzgada.

No hagan campañas para destruir lo más maravilloso que el Creador Ha hecho con Sus manos. Contéplense por cinco minutos seguidos frente a un espejo y piensen en cuánto Amor habrá sentido Él cuando ustedes se iban formando en el vientre de su madre, de tal manera que les dio un alma y una inteligencia, aunque no puedan ver ni una ni otra; les dio fuerza, coraje, salud y tal vez belleza...

Piensen en cómo ha ido formando sus manos, dedo a dedo, todo perfecto. Y lo hizo con la esperanza de que tomaran en sus manos un rosario, una cruz, una flor, un libro, una costura o cualquier otra herramienta productiva... ¡pero jamás un cuchillo asesino!

¡Despierten, por favor! ¡Miren hacia la Luz y huyan de las tinieblas! Que la sangre de los inocentes, que corre como un río, no las despierte a la medianoche para ahogarlas en pesadillas...

Baja de tu propio altar, amiga, mira por favor, mira delante de ti, Jesús está del otro lado de la orilla, estirando Su mano para que des un salto y te agarres fuertemente de ella. No temas, por favor, y perdona a quienes te hayan lastimado tanto...

Todos nos equivocamos y no una, millares de veces, pero lo grande, lo maravilloso, lo valiente, es reconocerlo y desandar el camino erróneo para tomar el correcto. ¡La claridad jamás vendrá de la mano del que asesina! ¡Huye de ellos!, pues aunque te hagan creer lo contrario, con su supuesta ayuda sólo habrán de terminar contigo.

5. Regalos del Cielo

Por motivos de salud tengo prohibidos los ayunos, y siento que esto es algo muy negativo para mi espíritu, porque en las épocas en que yo hacía mis ayunos, tenía una fuerza que no me permitía decaer, y me sentía como un gigante al lado de las pequeñas miserias diarias, las de mi alma y las de esta humanidad, que pareciera reclamar permanentemente sus halagos.

Por lo tanto, lo único que podía, desde hace años ofrecerle al Señor, era el no dormir en la noche, o dormir lo menos posible, para ofrecerle algún sacrificio y así vencerme y someterme yo misma a los pies de María, para que Ella me tenga siempre la mano asida a la Suya en el camino hacia Dios.

De ese modo el Señor me venía dando las fuerzas para no caer en un colapso, frente a tantos y tantos ataques con los que debo enfrentarme cada día. Al irme a la cama le decía: "Señor, permite que las pocas horas de descanso que voy a tener, me sean suficientes para seguir en pie..." y así todo este tiempo ha sido. Ahora el dormir poco ya no es un sacrificio, se me hizo un hábito y ya no me es necesario dormir muchas horas.

¡Cuántas llamadas de atención recibo por ello!, sobre todo de quienes me aman y se preocupan por mi salud. Ya lo sé: No es bueno, pero aunque a veces se me ve deteriorada y muy cansada, la verdad es que, salvo en ocasiones, por lo general me siento bien. Cada arruga de esta cara, que a menudo trato de borrar con los recursos que tenemos las mujeres, en el fondo me causa alegría, ¡qué hermoso es gastarse por el Señor!

No hace mucho tiempo atrás, tal vez hará un mes y medio, durante mi oración personal en la Comunión, tuve una visión: Fue como si estuviese frente a mí una pantalla. Allí me veía junto a Jesús y a la Virgen. Estaban llenos de paz, y sonriendo, se movían despacio, cuidadosa, amorosamente, pero también con algo de ceremonia.

Se acercaron y me revistieron con una túnica blanca. Sabía que era yo, pero me veía mucho más joven, tal vez como cuando tenía unos 40 ó 43 años. La Virgen ató un cingulo, un cordón blanco, como el que usan los franciscanos, alrededor de mi cintura. Yo los miraba a los dos, agradecida y feliz.

De pronto desapareció todo aquello y me vi vestida con una armadura, un traje muy duro, pesado, lleno de metal y con el pecho con una coraza, como un soldado de la época de las cruzadas.

En la mano izquierda tenía unos papeles o un cuaderno y una pluma, y en la mano derecha una espada larga, plateada y brillante, que destellaba una luz propia, muy blanca. Abría mi boca y salía fuego como en llamaradas. Me asusté tanto por esa fea

visión –sentía que estaba tirando fuego por la boca como un dragón— que cerré fuertemente los ojos, apretándolos. En ese momento la voz de Jesús me dijo:

-T al vez te asuste menos esto. Observa bien y luego dibújalo.

Y vi frente a mí un corazón rojo, como si fuera una bandeja grande, encima de él había un cuaderno, y nuevamente la pluma, y cruzando el cuaderno diagonalmente, la misma espada brillante y larga.

Desapareció la visión, volví al final de la Misa, siguió la Antífona de la Comunión, la oración conclusiva, la bendición y de inmediato bosquejé la visión que había tenido en mi cuaderno, para enseñársela a mi Director Espiritual, quien me hizo una explicación de lo que podría aquello significar; explicación que, por cierto, no me dejó del todo tranquila.

Transcurridos unos días, tuve otra visión: Jesús se acercaba a mí y me estiraba las manos, le alcancé yo las mías y Él me puso Sus palmas sobre los dorsos de mis manos, las hizo resbalar delicadamente, luego tomó mis dos manos rodeándolas entre las Suyas. Sonrió y desapareció, dejando mi corazón que latía a mil por hora, y con una sensación tan dulce y cálida que es difícil de expresar.

6. La Cruz de cada día ... ¡dánosla hoy!

Pocos días después de haber tenido aquella última visión, recibí noticias de que ciertas personas estaban tramando desacreditar a nuestro Apostolado, comenzando lógicamente por mí; escribiendo cuestiones muy feas sobre mi persona, inventando y manipulando cosas, difamándome, en fin, cuando recién estaba comenzando a superar otro triste episodio que vivimos con algunas personas muy allegadas a nosotros.

Soy un ser humano, no soy una santa, ¡ojalá lo fuera! Por eso las injusticias me torturan, y mucho más cuando veo que los ataques del demonio no son precisamente a mí, aunque así parezca, sino a mi Amo y Señor, a Quien trato de obedecer en todo, por Quien vivo y a Quien me debo.

De verdad entiendo y siento que todos los demás son mis hermanos y por ello es mayor mi sufrimiento. Tengo hermanos de sangre, hermanos en la fe, hermanos en la humanidad sangrante de Cristo, que no acaba de hacernos entender que debemos ser UNO SOLO...

Una mañana me llevaron a la ciudad, aunque un poco obligada, porque realmente hubiera querido quedarme sola y en oración. Pero hay gente tan buena cerca de mí, que sacrifica su tiempo por hacerme sentir bien, y que percibiendo mi tristeza, tal vez comprendiendo la decepción y el dolor que trataba en vano de disimular, decidieron que saliéramos a hacer algunos trámites. Así pasamos el día, de un lado a otro.

La verdad es que no disfruté del paseo, estaba desalentada, muy cansada y algo molesta, porque había mencionado varias veces que eran las vísperas del 4 de julio (aniversario de la última aparición de la Virgen en Bolivia), pero nadie se había percatado de aquel trascendental recuerdo.

Todos sabían que era la fiesta Patria de los Estados Unidos, pues estamos en ese país, pero nadie más recordaba que era la fiesta de la Virgen del Refugio, una fecha que, yo sentía, debió ser importante para todos los miembros de nuestro Apostolado.

Como buena tonta que soy, seguramente esperé mucho, pero tampoco quise hacérselo notar a los que me rodeaban, no mencioné el tema, pero me sentía cada vez más triste.

Sin embargo, lo que peor me tenía era lo que estaba ocurriendo con aquellas personas que lanzaban dardos de manera tan sucia contra nosotros. Sufría nuevamente por tener que callar, me mordía la impotencia por el respeto que debía a quienes se estaban aprovechando de su situación privilegiada para humillarme y maltratarme.

Ese obrar a escondidas, tan lejano a lo que nos enseña el Evangelio que ellos mismos predicán, era sin duda lo que más me dañaba. Se me estaba echando una tonelada de

basura encima, pero por las espaldas; sin preguntarme ni decirme nada, pero difamándome públicamente...

Recordaba aquella historia, que seguramente han escuchado muchos de ustedes, acerca de una persona que fue a confesarse de haber hablado mal de su prójimo, a la que el sacerdote le da como penitencia que tome una gallina, le quite todas las plumas y las eche desde lo alto del campanario hacia el vacío...

La historia cuenta que cuando el fiel volvió donde el padrecito a decirle que ya había cumplido con su penitencia, éste le dijo que ahora debía recoger todas y cada una de las plumas, a lo que el penitente replicó que aquello era definitivamente imposible, porque lógicamente el viento había esparcido las plumas por todo el pueblo...

“Eso fue exactamente lo que hiciste al hablar mal de tu prójimo. Aunque quieras reparar todo el daño que le hiciste, nunca jamás podrás dar vuelta atrás en el tiempo, y siempre quedarán residuos del mal que le has hecho”, le contestó el sacerdote, para enseñarle que el dañar con la boca, muchas veces puede ser tan dañino como asesinar a una persona, pues sus efectos son igualmente irreversibles.

El respeto y la humildad que debía ejercitar aún contra la injusticia, me estaban destrozando por dentro; no por mí, pues a veces digo que, para eso, parezco de hierro, y si debo decirle a cualquiera sus maldades, difícilmente me las voy a callar; pero sí me apenaba mucho por los demás, por toda esa gente que quiere vivir de acuerdo con la Ley de Dios, que lucha para devolver la dignidad al Señor entre su pueblo que tanto lo lastima, que solamente quiere trabajar por el Reino de Dios...

Me entristecía el triste testimonio que estaban dando quienes estaban hablando mal de nosotros. Me dolía pensar que, en el fondo, a Quien se estaba atacando era al Señor.

Mascullaba mi dolor mientras se me venían a la mente algunos pasajes bíblicos del Evangelio de San Mateo, que transcribo a continuación:

“Cúidense de los falsos profetas: se presentan ante ustedes con piel de ovejas, pero por dentro son lobos feroces. Ustedes los reconocerán por sus frutos. ¿Cosecharán ustedes uvas de los espinos o higos de los cardos?”

Lo mismo pasa con un árbol sano: da frutos buenos, mientras que el árbol malo produce frutos malos. Un árbol bueno no puede dar frutos malos, como tampoco un árbol malo puede producir frutos buenos. Todo árbol que no da buenos frutos se corta y se echa al fuego. Por lo tanto, ustedes los reconocerán por sus obras”. (Mt 7, 15-20 – Ver también la exégesis).

“¡Ay de ustedes, maestros de la ley y fariseos, que son unos hipócritas! Ustedes construyen sepulcros a los profetas, adornan los monumentos de los hombres santos.

También dicen: 'Si nosotros hubiéramos vivido en tiempo de nuestros padres, no habríamos consentido que mataran a los profetas.'

Así ustedes se proclaman hijos de quienes asesinaron a los profetas. ¡Terminen pues de hacer lo que sus padres comenzaron!

¡Serpientes, raza de víboras! ¿Cómo lograrán escapar de la condenación del infierno? Desde ahora les voy a enviar profetas, sabios y maestros, pero ustedes los degollarán y crucificarán, y a otros los azotarán en las sinagogas o los perseguirán de una ciudad a otra.

Al final recaerá sobre ustedes toda la sangre inocente que ha sido derramada sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, al que ustedes mataron en el alta, dentro del Templo.”(Mt 23, 29-35)

Con estas referencias, creo estar dejando más o menos claro el estado emocional en el que me encontraba por lo que estaba viviendo. Rezaba mucho pidiendo al buen Dios que me diera fuerzas, porque sabía que no debía entrar en la pelea con las personas que me atacaban, que nos atacaban... No debía siquiera defenderme...

Sabía que si caía en la tentación de hacerles frente, estaría dando gusto a los planes del demonio, como seguramente estarían alegrando al maligno nuestros detractores. Pero mi lado humano, aquel que a menudo me cuesta tanto dominar, quería salir como un toro al encuentro de nuestros atacantes.

En ese estado me encontraba el 3 de julio, y así me había venido poniendo con el transcurso de los días, de las semanas... Era como si todas las amargas se hubiesen venido juntando.

Volvíamos a casa y me fui a la parte posterior del coche, rezamos el Santo Rosario en el camino y encontré en la oración mucho consuelo, porque sentía a la Virgen junto a mí de una manera muy especial. No me decía nada, pero me invadió esa dulzura que suele anteceder a Su Presencia.

7. Mi pequeña tristeza y la enorme tristeza de la Virgen María

El 4 de julio amanecí con mucho dolor de cabeza. Me había subido la presión, cosa muy rara en mí porque más bien la tengo baja. Teníamos una invitación a almorzar con gente a la que aprecio mucho y a la que me dolía tener que fallar, pero realmente no me sentía bien. Estaba haciendo un esfuerzo por abrir los ojos, porque la luz me lastimaba, cuando me llegó la voz dulce de María:

-Hijita, ¿Quieres quedarte hoy Conmigo?

Inmediatamente le dije que sí ¡y se me alumbró el día! Me disculpé, esta vez sin sentimiento de culpa; realmente me dolía la cabeza pero, además, me quedaba con Ella... No quise decir nada a nadie al respecto.

Fue así como, en cuanto salieron todos, corrí a tomar mi Rosario para unirme a la Virgen, porque ya lo había dicho Ella, que cuando recitamos el Santo Rosario, a la primera oración se hace presente y nos acompaña, orando a Su vez para interceder por nosotros y enviar con Sus Ángeles nuestras oraciones a los pies del Altísimo.

Terminado el 4º Misterio Glorioso escuché Su voz:

-Ofrece al Señor todos tus sufrimientos, todo cuanto has vivido en estos meses, por este país, por las autoridades, por la Iglesia y por la gente de este lugar. Hay demasiado dolor en los corazones, hay demasiado rencor, que alimentan día a día sin pensar cuántas personas, con su exilio adolorido –porque todo exilio es doloroso- están ayudando a salvar tantas almas... Pero cuántas más podrían salvar si en lugar de recordar su triste pasado o las circunstancias de su exilio, se propusieran evangelizar cada día un alma...

No estoy autorizada a transcribir aún todo el mensaje que recibí en aquel momento, pero sí a comentarles que Su voz estaba muy triste cuando me dijo que intensificáramos las oraciones y sacrificios para que se detuvieran las guerras, porque una guerra llevaría a todos nuestros países a una situación mucho más angustiante. Me habló de otras cosas y finalmente, con un tono maternal, me pidió que no me molestara con los otros por haber olvidado la fecha.

-Así están los hombres, así está la humanidad... Es más fácil acordarse de los festejos del mundo que de una aparición que fue un regalo más de Dios para la humanidad y para mi pueblo.

En un momento, casi como en un sollozo, La Virgen me dijo que perdonara a aquel hijo Suyo que estaba lastimando más Su Corazón que el mío, porque Ella había querido enseñarle otro camino, a través de la humildad.

Que Ella sufría cuando uno de nosotros sufría, pero que estaba siempre cerca para consolarnos, para ayudarnos a ofrecer nuestros sufrimientos, porque ofrecidos al Señor siempre serán redentores.

Me puse a llorar mucho sintiendo el dolor de María en Su preciosa voz. Seguramente pasaron por mi mente horribles deseos, porque no me importa que me lastimen a mí pero sí a los seres que amo, ¡y a la Virgen, mucho más!

Ella me pidió que no permitiera que esos sentimientos opacasen aquel dolor que podía ofrecerlo limpio a Jesús. Que le escribiera a esa persona y le dijera que, si él pudiera ver Sus ojos, lejos de encontrar aceptación con lo que estaba haciendo, seguramente vería la tristeza que le producía... Le prometí que lo haría con Su ayuda, aunque todavía no me he animado a hacerlo.

Finalmente, cuando me daba Su bendición, me permitió escuchar un maravilloso coro que en millones de voces de distintos matices y tonos cantaban: *Ave, ave, ave María... Ave, ave, ave María...*

Quedé con mucha paz en el corazón. Comencé a pensar que si el Señor permitía que recibiéramos esta injusticia, de parte de aquellos hermanos de Cristo, era porque quería hacer algo muy grande y me sentí, en medio de mi dolor, feliz de poder ayudar una vez más al Señor, que es tan bueno siempre con nosotros.

**Segunda Parte:
Mi encuentro con “El Cristo Roto”**

1. De la mano del Señor...

Hace algunos días fuimos a la librería religiosa de un buen amigo nuestro. Hugo, mi esposo, se había quedado en casa, porque las distancias aquí son terriblemente cansadoras y exigen muchas horas de estar sentado.

Decidí comprar unas cintas de audio para escucharlas juntos, como con frecuencia hacemos. En el estante sólo quedaba un casete: “Mi Cristo Roto”, del P. Ramón Cué, SJ. Tomé la cinta, recordé mi versión de aquella historia y –segura de que yo ya conocía el contenido— pensé: “Bueno, la llevo y que Hugo la escuche”.

En ese momento el Señor me dice: “**¡Y tú también!**”

Yo contesto: “Si yo ya conozco la historia... Pero bueno, yo también, Señor”.

Me acerco al mostrador de la caja para pagar mi cuenta, cuando Martha me pide que la ayude a contar las medallas y cruces que estaba comprando para un trabajo del Apostolado.

Comienzo a hacerlo y para mi sorpresa veo que, en la cajita donde estaban todas las medallas, había un único crucifijo pequeño de metal. Es lo que vi en el primer momento, pero cuando lo levanté me di cuenta de que era sólo un Cristo, no tenía cruz...

Era simplemente un Cristo que estaba desclavado, tenía los remaches salidos en la parte de atrás, pero le faltaba el brazo izquierdo. Inmediatamente miro el casete con la grabación de “Mi Cristo Roto” y pregunto al Señor si esto no sería “una cosa Suya”.

-Así es, por eso te dije que tú también escucharas la cinta – me contesta el Señor.

Les digo a todos: “Este Cristo roto es para mí porque acabo de comprar el casete del “Cristo Roto”. Hicieron alguna broma pero nadie se dio cuenta de todo lo que se estaba sacudiendo dentro de mí. Tenía prisa por escuchar esa cinta, por llegar a casa, por ponerme en oración, por esperar a que el Señor me dijera algo más.... Bueno, son cosas que me suelen pasar, y que en general me las guardo...”

Me fui a dar una vuelta por la tienda, buscando unas estampas con la cara de Jesús, copias de un cuadro pintado por una señora que las lleva allá para que se las vendan. Es hermoso el rostro, y pensé adquirir alguna estampa más para mi familia. Las señoras que trabajan allí estaban buscándolas sin poder encontrarlas, cuando escuché la voz del Señor nuevamente que me decía: “**Lleva esta otra.**”

Mi mirada se vuelve hacia el lado al que me señalaba interiormente el Señor y levanto una de un Cristo crucificado muy hermoso, una estampa traída de Canadá, según pude leer en el dorso.

El Señor me guió con otras estampas: **“Llévate esta otra... y esta más... así ya tienes lo que necesitas.”**

Una de ellas, enorme, representa a Jesús desclavado de la Cruz con las manos aún sangrantes, sujetando por las axilas a un joven que viste un uniforme camuflado, de esos que se usan en la guerra. Inmediatamente recordé el mensaje de la Virgen. Pero la otra es una imagen de la Santísima Virgen, muy triste y comprendo o recuerdo que el mensaje dice: **“ofrece tus sufrimientos unidos a los de Jesús por quienes están en guerras, para que no venga una nueva guerra, por la paz del mundo...”**

Las personas que estaban conmigo me miraron con un poco de asombro, pero sólo un poco. Están habituándose cada vez más, a verme actuar así (rara, diría la gente del mundo) en circunstancias similares.

Cuando ya íbamos a salir veo un cuadro casi idéntico a uno que tengo en casa, del que únicamente difiere en el rostro de Jesús. Está caminando sobre las aguas. Me gustó el marco de éste, el mensaje es muy significativo, pensé en regalárselo a David para su oficina nueva y lo llevé a la caja para pagarlo. El dueño, mi amigo Juan David, me dice: “Ese te lo regalo yo a ti”.

Volqué la cara hacia el otro David y le dije que lo sentía, pero que se acababa de quedar sin cuadro, porque no podía regalarle lo que se me daba con tanto afecto. Me sentí feliz al mismo tiempo... Pero, inmediatamente registro el hecho y reviví un suceso que, retrocediendo en el tiempo, se los contaré ahora.

2. Vuelven los... ¿recuerdos?... ¿coincidencias?

Hace poco más de tres años y medio, justamente el día en que decidimos que nos trasladaríamos a México para trabajar desde allí, en la ciudad de Mérida, Yucatán, fuimos a la Iglesia para tener la Santa Misa. Al entrar, vi por el cristal de la puerta hacia una pequeña tienda de artículos religiosos y mi vista se detuvo sobre un cuadro de Cristo caminando sobre las aguas, el colorido y la imagen me impactaron, y lo comenté con Martha. Ahí quedó.

Al ingresar vi al Patrón de ese Templo en el Altar Mayor y me quedé casi sin habla, de gusto y de alegría. Frente a nosotros estaba pintada en la pared una imagen muy bella del Jesús Misericordioso, en una versión algo distinta de la más conocida, sobre un fondo claro, hermoso...

Justamente esa habría de ser nuestra capilla, la que nos correspondía por la proximidad a la casa en la cual viviríamos, que estaba a un par de cuadras de allí. Mi corazón dio un vuelco, por las maravillas que Ha hecho la Devoción al Señor de la Misericordia en mi familia y en mucha gente cercana a nosotros.

Durante la oración personal de mi Comunión, agradecí al Señor por haber facilitado las cosas para este nuevo destino, por el señor Arzobispo y por el Rector de ese Santuario que nos acogerían, por las personas maravillosas que había puesto Dios cerca de nosotros.

Hacían apenas dos días que, durante una Misa en la ciudad de México, había llorado mucho durante la Comunión, diciéndole a Jesús que tenía miedo, algo de lástima y quizás un poco de autocompasión, que me sentía como una exiliada por parte de personas que eran mis hermanas en la fe, que a mi entender debían ayudarnos y más bien nos rechazaban.

En esa ocasión Jesús me dijo:

-Nunca más vuelvas a sentir y a pensar así. No son exiliados, al contrario, son Mis Embajadores y así serán tratados.

En ese momento recordé aquello y viendo que Sus promesas ya empezaban a cumplirse, le pedí que Él nos guiara en todo momento. El cambio de un país a otro, sin conocer el medio, las costumbres, con mi madre anciana, enferma, con toda una familia... todo aquello me causaba inquietud y cierto temor.

Inmediatamente me vino el consuelo del Señor, pues al salir de la Iglesia se me acercó Fafy, una mujer de rostro muy dulce a quien acababa de conocer, alguien que es como el alma de esa comunidad, no sólo por su alegría y por la claridad y transparencia de su

mirada, sino porque además trabajó desde el primer momento, cuando todo ese Santuario era apenas un proyecto en la cabeza de un puñado de personas, con mucha fe y la firme decisión de erigir un centro de devoción a la Divina Misericordia.

Entonces Fafy me abrazó fraternalmente, me dio un beso y me dijo más o menos estas palabras: “Ya me contaron que se vienen a vivir aquí. Bienvenida a Mérida, Catalina. Ten esto, es un pequeño cariñito para ti”— Y extendiendo los brazos me entregó el cuadro de Jesús caminando sobre las aguas que me había llamado tanto la atención una hora antes, al entrar a la Iglesia.

Alcancé a musitar un agradecimiento, pero me quedé mirando el cuadro y mis lágrimas no pudieron detenerse, comenzaron a resbalar por mis mejillas. Recién en ese momento comprendía el significado profundo de todas esas “Diosidencias”: ¡Así era como nos quería Jesús en la nueva etapa que comenzábamos!, caminando sobre las aguas, confiados plena y únicamente en Él y acogidos a Su Divina Misericordia. Así es como siempre querrá que los Suyos vayamos por la vida, movidos únicamente por la fe y el amor.

Ahora, en la librería de Juan David, tenía nuevamente un cuadro, casi idéntico al otro, entre mis manos, y por segundos lo vi lleno de luz. Entonces comprendí que tenía tema de profunda meditación para el resto de la noche.

Era ya tarde así que al llegar a casa no pude escuchar el casete de “Mi Cristo Roto”, Hugo se lo había llevado a su velador y ni qué hacerle, debía esperar.

David y Martha habían viajado ya de regreso a Mérida, fui a revisar mi correspondencia y a través de algunos conocidos nuevamente me enteré de los siguientes pasos que estaban dando los amigos de las tinieblas, que desde la oscuridad nos disparaban por la espalda.

Me dolió mucho porque el ataque venía nuevamente de una persona que debería estar dando ejemplo de caridad, del amor que debiera testimoniar todo verdadero conductor de almas. ¡Qué triste testimonio!

Después del almuerzo tomé la grabadora, la cinta, y me entré al dormitorio para descansar un poco y escuchar al fin la charla del Padre Cué, “Mi Cristo Roto”.

Puse cerca de mí las imágenes que había comprado e hice una oración invocando al Espíritu Santo para que me otorgara la docilidad y el discernimiento precisos para comprender qué era lo que el Señor quería decirme.

3. La obra que inspira este testimonio:

Mi Cristo Roto, del Padre Ramón Cué, S.J.

3.1. Compraventa de Cristos

A mi Cristo roto lo encontré en Sevilla. Dentro del arte me subyuga el tema de Cristo en la cruz. Se llevan mi preferencia los cristos barrocos españoles. La última vez, fui en compañía de un buen amigo mío. Al Cristo, ¡Qué elección! Se le puede encontrar entre tuercas y clavos, chatarra oxidada, ropa vieja, zapatos, libros, muñecas rotas o litografías románticas. La cosa, es saber buscarlo. Porque Cristo anda y está entre todas las cosas de este revuelto e inverosímil rastro que es la Vida.

Pero aquella mañana nos aventuramos por la casa del artista, es más fácil encontrar ahí al Cristo, ¡Pero mucho más caro!, es zona ya de anticuarios. Es el Cristo con impuesto de lujo, el Cristo que han enriquecido los turistas, porque desde que se intensificó el turismo, también Cristo es más caro.

Visitamos únicamente dos o tres tiendas y andábamos por la tercera o cuarta.

- Ehhmm ¿Quiere algo padre?

- Dar una vuelta nada más por la tienda, mirar, ver.

De pronto... frente a mí, acostado sobre una mesa, vi un Cristo sin cruz, iba a lanzarme sobre él, pero frené mis ímpetus. Miré al Cristo de reojo, me conquistó desde el primer instante. Claro que no era precisamente lo que yo buscaba, era un Cristo roto. Pero esta misma circunstancia, me encadenó a Él, no sé por qué. Fingí interés primero por los objetos que me rodeaban hasta que mis manos se apoderaron del Cristo, ¡Dominé mis dedos para no acariciarlo! No me habían engañado los ojos... no. Debió ser un Cristo muy bello, era un impresionante despojo mutilado. Por supuesto, no tenía cruz, le faltaba media pierna, un brazo entero, y aunque conservaba la cabeza, había perdido la cara.

Se acercó el anticuario, tomó el Cristo roto en sus manos y...

- Ohhh, es una magnífica pieza, se ve que tiene usted gusto padre, fíjese que espléndida talla, qué buena factura...

- ¡Pero... está tan rota, tan mutilada!

- No tiene importancia padre, aquí al lado hay un magnífico restaurador, amigo mío y se lo va a dejar a usted, ¡Nuevo!

Volvió a ponderarlo, a alabarlo, lo acariciaba entre sus manos, pero... no acariciaba al Cristo, acariciaba la mercancía que se le iba a convertir en dinero.

Insistí, dudó, hizo una pausa, miró por última vez al Cristo fingiendo que le costaba separarse de Él y me lo alargó en un arranque de generosidad ficticia, diciéndome resignado y dolorido:

- Tenga padre, lléveselo, por ser para usted y conste que no gano nada 3000 pesetas nada más, ¡Se lleva usted una joya!

El vendedor exaltaba las cualidades para mantener el precio. Yo, sacerdote, le mermaba méritos para rebajarlo... Me estremecí de pronto. ¡Disputábamos el precio de Cristo, como si fuera una simple mercancía! Y me acordé de Judas... ¿No era aquella también una compraventa de Cristo? ¡Pero cuántas veces vendemos y compramos a Cristo, no de madera, de carne, en él y en nuestros prójimos! Nuestra vida es muchas veces una compraventa de cristos.

Bien... cedimos los dos... lo rebajó a 800 pesetas. Antes de despedirme, le pregunté si sabía la procedencia del Cristo y la razón de aquellas terribles mutilaciones. En información vaga e incompleta me dijo que creía procedía de la sierra de Arasena, y que las mutilaciones se debían a una profanación en tiempo de guerra.

Apreté a mi Cristo con cariño... y salí con Él a la calle. Al fin, ya de noche, cerré la puerta de mi habitación y me encontré solo, cara a cara con mi Cristo. Qué ensangrentado despojo mutilado, viéndolo así me decidí a preguntarle:

- Cristo, ¡¿Quién fue el que se atrevió contigo?! ¡¿No le temblaron las manos cuando astilló las tuyas arrancándote de la cruz?! ¿Vive todavía? ¿Dónde? ¿Qué haría hoy si te viera en mis manos? ...¿Se arrepintió?

— ¡CÁLLATE!— me cortó una voz tajante.

- ¡CÁLLATE, preguntas demasiado! ¡¿Crees que tengo un corazón tan pequeño y mezquino como el tuyo?! ¡CÁLLATE! No me preguntes ni pienses más en el que me mutiló, déjalo, ¿Qué sabes tú? ¡Respétalo!, Yo ya lo perdoné. Yo me olvidé instantáneamente y para siempre de sus pecados. Cuando un hombre se arrepiente, Yo perdono de una vez, no por mezquinas entregas como vosotros.

- ¡Cállate! ¿Por qué ante mis miembros rotos, no se te ocurre recordar a seres que ofenden, hieren, explotan y mutilan a sus hermanos los hombres? ¿Qué es mayor pecado? Mutilar una imagen de madera o mutilar una imagen mía viva, de carne, en la que palpito Yo por la gracia del bautismo. ¡Ohh hipócritas! Os rasgáis las vestiduras ante el recuerdo del que mutiló mi imagen de madera, mientras le estrecháis la mano o le rendís honores al que mutila física o moralmente a los cristos vivos que son sus hermanos.

Yo contesté: “No puedo verte así, destrozado, aunque el restaurador me cobre lo que quiera ¡Todo te lo mereces! Me duele verte así. Mañana mismo te llevaré al taller. ¿Verdad que apruebas mi plan? ¿Verdad que te gusta?”

- ¡NO, NO ME GUSTA!— Contestó el Cristo, seca y duramente.

- ¡ERES IGUAL QUE TODOS Y HABLAS DEMASIADO!

Hubo una pausa de silencio. Una orden, tajante como un rayo, vino a decapitar el silencio angustioso:

- ¡NO ME RESTAURES, TE LO PROHIBO! ¡¿LO OYES?!

- Si Señor, te lo prometo, no te restauraré.

- Gracias— me contestó el Cristo. Su tono volvió a darme confianza.

- ¿Por qué no quieres que te restaure? No te comprendo. ¿No comprendes Señor, que va a ser para mí un continuo dolor cada vez que te mire roto y mutilado? ¿No comprendes que me duele?

- Eso es lo que quiero, que al verme roto te acuerdes siempre de tantos hermanos tuyos que conviven contigo; rotos, aplastados, indigentes, mutilados. Sin brazos, porque no tienen posibilidades de trabajo. Sin pies, porque les han cerrado los caminos. Sin cara, porque les han quitado la honra. Todos los olvidan y les vuelven la espalda. ¡No me restaures, a ver si viéndome así, te acuerdas de ellos y te duele, a ver si así, roto y mutilado te sirvo de clave para el dolor de los demás! Muchos cristianos se vuelven en devoción, en besos, en luces, en flores sobre un Cristo bello, y se olvidan de sus hermanos los hombres, cristos feos, rotos y sufrientes.

Hay muchos cristianos que tranquilizan su conciencia besando un Cristo bello, obra de arte, mientras ofenden al pequeño Cristo de carne, que es su hermano. ¡Esos besos me repugnan, me dan asco!, Los tolero forzado en mis pies de imagen tallada en madera, pero me hieren el corazón. ¡Tenéis demasiados cristos bellos! Demasiadas obras de arte de mi imagen crucificada. Y estáis en peligro de quedaros en la obra de arte.

Un Cristo bello puede ser un peligroso refugio donde esconderse en la huida del dolor ajeno, tranquilizando al mismo tiempo la conciencia, en un falso cristianismo. Por eso ¡Debieran tener más cristos rotos, uno a la entrada de cada iglesia, que gritara siempre con sus miembros partidos y su cara sin forma, el dolor y la tragedia de mi segunda pasión, en mis hermanos los hombres! Por eso te lo suplico, no me restaures, déjame roto junto a ti, aunque amargue un poco tu vida.

- Si Señor, te lo prometo— contesté. Y un beso sobre su único pie astillado, fue la firma de mi promesa. Desde hoy... viviré con un Cristo roto.

3.2. Dios tiene mano izquierda

La misma tarde que compré mi Cristo, le pregunté al anticuario dónde estaría el brazo derecho.

- ¡Oh, imposible encontrarlo! —me contestó— Y no crea usted que no revolvimos ya todo el pajar en donde estaba tirada la imagen mutilada. Encontramos, eso sí, la pierna izquierda y se la pegamos pero de la mano derecha ¡Ni rastro!

El anticuario no sabía Señor por dónde andaba tu mano derecha, pero Tú, Tú sí que lo sabes, la estás desclavando continuamente y se te escapa siempre. No, no me extraña que no la tengas, anda por ahí, invisible pero eficaz.

¿Quién no siente de vez en cuando, el suave roce de la mano llagada de Cristo?! Esa mano invisible que, sin llamar a la puerta, se mete en todas partes; en el hospital, en el lecho de muerte, en la oficina, en el despacho, en la fábrica, en el cine, en el teatro. Se cuela de puntillas como una ráfaga luminosa y musical. No podemos dar un paso por la vida sin tropezar con la mano de Dios. Pero tú, Cristo mío roto, sólo tienes mano izquierda.

Y me imaginé que decía, después de sentir que mi Cristo sonreía silencioso: “Qué poco y mal me conocéis, ¿Qué sería de vosotros los hombres si yo no tuviera mano izquierda?, La tengo, pero no para evitar que me crucifiquen, sino para conseguir que mi padre no os condene, Yo no uso mi mano izquierda para salvarme de la cruz, sino para salvaros del infierno, ¿Lo comprendes ahora?”

Toda la aventura trágica y divina de nuestra vida, está en dejarnos guiar por las manos de Dios. Pero hay en nosotros un elemento difícil, esquivo, peligroso: la libertad. Y Dios la respeta misteriosamente, infinitamente.

Para conquistarnos dispone Dios de dos manos, la derecha y la izquierda que representan dos técnicas y dos tácticas. La mano derecha es clara, abierta, transparente, luminosa. La mano izquierda busca atajos, da rodeos, es cálculo, diplomacia, no tiene prisa, si es necesario actúa a distancia y finge la voz, pero aunque izquierda no es maquiavélica ni traidora, porque la mueve el amor.

Para cada alma Dios tiene dos manos, pero las emplea de modo distinto porque todas las almas son diferentes. Con la derecha, como a palomas blancas o a ovejas dóciles, Dios guiaba a Juan Evangelista, a Francisco de Asís, a Juan de la Cruz, a Francisco Javier, a las dos Teresas...

Para conquistar a Pedro, a Pablo, a Magdalena, a Agustín, a Ignacio de Loyola, Dios tuvo que emplear la izquierda. Ante la mano derecha, se rebelan, entonces entra en

juego la izquierda, busca un disfraz y se trueca en rayo, en bala, trata de ser freno que nos detenga, quiere alzarnos del barro en que caímos, se nos mete en el pecho para ver si logra ablandar nuestros corazones. Sus recursos son infinitos, hoy la disimula con modernos y actuales disfraces, es el ser más actual...

¡Se rompe una presa que arrastra mis fincas! Tengo un descuido inexplicable en el trabajo, y la máquina me siega un brazo. Íbamos en coche a 100 por hora, nos salió inesperadamente un camión, murieron en el acto mi mujer y un hijo, y quedé solo en la vida. Jamás he tenido una enfermedad, pero me dice el médico que tengo algo incurable...

Ante la mano izquierda de Dios, la primera reacción es un grito de rebeldía y desesperación, olvidamos la presa, el coche, el traidor, la muerte, porque adivinamos que ellos no tienen en definitiva la culpa, presentimos a Dios como responsable de ese dolor, que por ser tan terriblemente profundo, no puede venir de las criaturas y lógicamente nos encaramos a Dios. ¡Le gritamos, le emplazamos, le protestamos, le exigimos, le desafiamos, le condenamos! “¡PADRE...! ¡SI FUERAS PADRE, NO ME TRATARÍAS ASÍ!” Gritamos, protestamos, nos rebelamos y luego... nos quedamos solos.

Y vienen las primeras lágrimas nerviosas y quemantes, y sin darnos cuenta, la primera oración. Volvemos a protestar contra Dios, contra nuestra primera oración... Sucede el cansancio, las lágrimas ya son más serenas, ya rezamos sin protestar, tenemos ganas de besar algo, ¿Qué? Oh sí, eso, ya lo encontramos, un crucifijo, y con un beso le decimos a Dios, que está bien lo que Él disponga...

Terrible, violenta, dura, implacable, pero bendita mano izquierda de Dios. Se formulan absurdas expresiones: “Bendita presa que se rompió, arrasó mi fábrica, pero me acercó a Dios, yo andaba muy lejos de Él”.

Cristo mío roto, te lo digo en nombre mío y de todos, porque todos somos valientes para pedírtelo desde ahora: Señor, si no basta para salvarnos la ternura de tu mano derecha, desclava tu izquierda, disfrázala de lo que quieras: fracaso, calumnia, ruina, accidente, muerte. Cristo, que seamos hijos de tu mano, de tu derecha o de tu izquierda.

A la cabecera de tu cama, amigo, o en tu mesita de noche, tienes un Cristo clavado en la cruz, ¿Por qué esta noche, antes de acostarte, no le besas la mano izquierda? Dios sabrá compensarte ese gesto de valor y resignación cristiana.

3.3. Se ha perdido una Cruz

¡Atención! Se ha perdido una cruz y no se da con ella, es la de mi Cristo roto. ¿Alguno de vosotros, ha encontrado una cruz? ¿Queréis las señas? ¿El tamaño? No es muy grande, pero es una cruz y no hay cruz pequeña, además es una cruz para Cristo y entonces no hay modo de medirla, con estas señas basta porque en definitiva todas las cruces son iguales.

Perdonad pues mi insistencia, ¿Quién de nosotros no ha encontrado una cruz? Mejor dicho: ¿Quién no tiene una cruz? Es un derecho de propiedad irrenunciable que se está ejerciendo siempre, todos la llevamos. La llevamos encima, a cuestas, aunque no se nos vea, aunque sonriamos.

A veces por oculta, es más pesada. Esta noche al acostarnos, no podremos dejarla colgada en la percha, al levantarnos mañana, no será necesario vestírnosla, saltaremos de la cama con ella ya puesta.

¿Que quién ha encontrado una cruz? Todos... todos, buenos y malos, santos y criminales, sanos y enfermos, ni siquiera respeta a los que parecen desafiar el dolor con las carcajadas y juergas de su vida.

Esa pobre mujer, que repintada y aburrida espera sentada a la barra de la cafetería o arimada a la esquina estratégica, lleva una pavorosa cruz a cuestas, pesa tanto, que se apoya recostándose en la esquina, es una cruz más pesada de lo que sospechamos y el que se acerca a ella buscando el placer, lo hace por huir de otra cruz. Hablan los dos, regatean, prometen, se arreglan al fin y allá van por la calle adelante, con prisa y con la cruz a cuestas, y cuando regresan, cuando ya han tratado de aplacar su hambre de felicidad, sienten defraudados que ha aumentado su cruz, que es mayor. En ella, asco y envilecimiento, en él, desolación.

Toda ciudad en definitiva es un bosque, una selva, una colmena de cruces, ¿Y sabes amigo por qué a veces nuestra cruz resulta intolerable? ¿Sabes por qué llega a convertirse en desesperación y suicidio? Porque entonces nuestra cruz, es una cruz sola, sin Cristo, solamente se puede tolerar cuando lleva un Cristo entre sus brazos.

Una cruz laica, sin sangre ni amor de Dios, es absurda, no tiene sentido, por eso, se me ocurre una idea: Yo tengo un Cristo sin cruz y tú tienes, tal vez, una cruz sin Cristo. Los dos están incompletos. Mi Cristo no descansa, porque le falta su cruz, tú no resistes tu cruz porque te falta Cristo. ¿Por qué no le das esta noche tu cruz vacía al Cristo? Tú tienes una cruz sola, vacía, helada, negra, sin sentido. Te comprendo, sufrir así es irracional y no me explico ¿Cómo has podido tolerarla tanto tiempo? Tienes el remedio en tus manos... anda, dame esa cruz tuya, dámela, te doy en cambio, este Cristo sin reposo y sin cruz. Tómalo, es tuyo, dale tu cruz, toma mi Cristo; júntalos, clávalos, abrázalos y todo habrá cambiado.

Mi Cristo roto descansa en tu cruz, tu cruz se ablanda con mi Cristo en ella. Hemos encontrado una cruz, la nuestra, que resulta ser la de Cristo...

¡¿Quién te partió la cara?!

Cristo, yo había oído muchas veces esta amenaza en labios trémulos por el odio: "¡MIRA QUE TE PARTO LA CARA!" Y siempre pensé que todo suele quedar en un puñetazo, un bofetón, una cuchillada en la mejilla. Sólo en Ti se ha cumplido literalmente la brutal amenaza, te han partido la cara de un solo tajo.

Yo se la hubiera restaurado, pero Él me lo prohibió. Por eso me dedico en un juego de fantasía y cariño, a restaurársela idealmente, colocando sobre su cabeza sin facciones, las caras que para mi Cristo, ha soñado el arte universal. Consumo en este juego, museos, colecciones, galerías, catedrales, pinacotecas. Todo va pasando por el tajo de su cara en un desfile lento, y me siento Velázquez o Juan de Meza, con un patetismo barroco, o Montañés con olímpica belleza, o Leonardo, de infinita tristeza.

Pero desde hace unos días, he tenido que renunciar también al consuelo de este juego, ¡el Cristo roto es terrible en su exigencia!, no concibe treguas, y me lo ha prohibido también. Yo creí al principio que le gustaba, al menos lo toleraba silencioso, hasta que un día me interrumpió severamente:

- ¡BASTA! No me pongas ya más caras, he tolerado tu juego demasiado tiempo. ¿No acabas de comprenderlo? No me pongas más esas caras que pides de limosna, al arte de los hombres. ¡Quiero estar así, sin cara! Prometiste que jamás me restaurarías... a no ser, que quieras ensayar otro juego, ponerme otras caras. Esas... sí las aceptaré.

- ¿Cuáles Señor? Te las pondré enseguida. Dime qué caras y te las pongo.

- Temo que no lo entiendas, incluso que te escandalices como los fariseos... Me refiero a otros rostros, pero reales, no fingidos como los que inventabas, y que son también míos, como el que me cortaron de un tajo.

- Ahh, ya creo adivinar Señor, te refieres a las caras de los santos, de los apóstoles, de los mártires...

- Esas caras en verdad, son mías. Nadie me las niega ni me las regatea. Pero yo quiero otras, las reclamo, muy pocos se atreverían a ponérselas, Yo sí.

Hizo un descanso, como para tomar fuerzas. Respiró profundamente. Yo estaba asustado, tenía miedo, pero no había remedio. Entonces me dijo:

- Oye, ¿No tienes por ahí un retrato de tu enemigo? De ese que te tiene envidia y que no te deja vivir; del que interpreta mal por sistema todas tus cosas, del que siempre va

hablando mal de ti, del que te arruinó, del que dio malos y decisivos informes sobre ti, del traidor que te puso una zancadilla, del que logró echarte del puesto que tenías, del que te denunció, del que te metió en la cárcel...

- Cristo, ¡no sigas!

- Es demasiado, ¿Verdad?

- Es inhumano, es absurdo...

- ¿Te has fijado bien en la cara de los leprosos, de los anormales, de los idiotizados, de los mendigos sucios, de los imbéciles, de los locos...?

- ¿Y...? ¿Y me vas a decir Cristo, que esas caras son tuyas y... y que te las ponga? No, no, imposible.

- ¡Espera! no acabo aún... Toma bien nota de esta última lista y no olvides ningún rostro: Tienes que ponerme la cara del blasfemo, del suicida, del degenerado, del ladrón, del borracho, del asesino, del criminal, del traidor, del vicioso. ¿No has oído? ¡Necesito que pongas todos esos rostros sobre el mío!

- ...No, no Señor... -contesté— ¡No entiendo nada! ¿Todos esos rostros miserables y corruptos sobre el tuyo, sagrado y divino?

- ¡Sí, así lo quiero! ¿No ves que todos ellos pertenecen a esta pobre humanidad doliente creada por mi padre? ¿No te das cuenta que yo he dado la vida por todos? Quizá ahora comprendas lo que fue la Redención.

Escucha: Yo, como hijo de Dios, me hice responsable voluntariamente de todos los errores y pecados de la humanidad. Todo pesaba sobre Mí, mi Padre se asomó desde el cielo para verme en la cruz y contemplarse en Mi rostro, clavó sus ojos en Mí y su pasmo fue infinito. Sobre mi rostro, vio sobrepuesta sucesiva y vertiginosamente las caras de todos los hombres. Desde el cielo, durante aquellas tres horas terribles de mi agonía en la cruz, contemplaba el desfile trágico de la humanidad vencida, mientras tanto Yo le decía:

“¡Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen!” No era Yo sólo quien moría en la cruz, eran miles y miles de dolientes seres humanos, derrotados muchos por sus propias pasiones, por sus errores, por sus pecados. El desfile era terrible, repugnante, grosero. Mi Padre vio pasar sobre mi rostro la cara del soberbio; la del sectario, imaginando la destrucción de Dios, la del asesino frío y desalmado...

Había labios repugnantes, ojeras hundidas marcadas con fuego de lujuria, alientos insoportables de ebriedad, palidez de madrugadas encenagadas en el vicio, sórdidos rictus de amargura y desesperación, turbadoras miradas de perversión y delito, de

subterráneas anormalidades inconfesables y oscuras. Toda la derrota y las lacras de una humanidad irredenta, la agonía, la muerte. Y mi Padre... Dios, las amó a todas y perdonó sus pecados”.

Mi Cristo calló, qué pobre y ridículo me pareció el arte de los hombres y qué profundo e insondable el amor de Dios. Y desde entonces, enmudeció. No volvió a hablarme más.

No olvidemos nunca esta suprema y difícil lección. No olvidemos nunca la superficie lisa del rostro de mi Cristo, tajado verticalmente. Podríamos compararlo con un portarretrato vacío. En él se nos ofrece la oportunidad de colocar la cara de aquél o aquellos que nos han hecho daño o que odiamos profundamente, haciéndonos más daño a nosotros mismos que a quien es objeto de nuestro rencor.

¡Sí..., sí, seamos valientes! Recordemos el rostro que mayor odio y antipatía nos produzca, acerquémoslo a Cristo, aunque sintamos temblar nuestro pulso. Coloquémoslo sobre el suyo e imaginemos que nuestro enemigo, ese ser que odiamos, ocupa su lugar en la cruz. Cerremos los ojos, acerquémonos al crucificado y besemos reverentes y humildes su figura.

Al besar un Cristo, con el rostro de nuestro enemigo, nos envolverá una voz cálida y musical, paternal y bondadosa. Aquélla que hace muchos siglos nos dejara la más grande y maravillosa herencia que hombre alguno pueda tener, encerrada en sólo seis sencillas palabras: “Amaos los unos a los otros”.

4. Vuelvo a mi testimonio

¿Verdad que es impactante lo que nos dice Dios a través del padre Cué? No es necesario que diga ahora cuánto me conmoví al escuchar ese casete que aquí les comparto por escrito; de hecho, ese es el origen de todo este testimonio...

Debo confesarles que al principio, cuando el “Cristo roto” comienza a hablar al sacerdote que lo compra, me chocó un poco, por la forma dura con la que habla quien interpreta al Señor en la cinta.

Pero cuando fui escuchando el diálogo, iba sintiendo que era Dios mismo el que hablaba, especialmente cuando decía el Cristo... *“Os rasgáis las vestiduras ante el recuerdo del que mutiló mi imagen de madera, mientras estrecháis la mano del que mutila a sus hermanos...”; “Hay muchos cristianos que tranquilizan su conciencia besando un Cristo bello... mientras ofenden al pequeño Cristo de carne que es su hermano...”*

Pensé en tantos dolores que debemos sufrir quienes tratamos de hacer algo por llevar a las almas hacia Jesús... ¡Cuántas personas ofenden sin razón, sin motivo, lastiman y humillan aprovechándose del privilegio que les da “su propio altar”!

Cuando escuché que a su Cristo le faltaba la mano derecha, observé de inmediato a mi pequeño Cristo, y constaté que a él le falta la izquierda. Entonces me dije yo misma: “a este pobrecito mío le falta la izquierda”...

Y la cinta seguía: *“Para cada alma Dios tiene dos manos, pero las emplea de modo distinto porque todas las almas son diferentes. Con la derecha, como a palomas blancas o a ovejas dóciles, Dios guiaba a Juan Evangelista, a Francisco de Asís, a Juan de la Cruz, a Francisco Javier, a las dos Teresas. Para conquistar a Pedro, a Pablo, a Magdalena, a Agustín, a Ignacio de Loyola, Dios tuvo que emplear la izquierda.*

Ante la mano derecha, se rebelan, entonces entra en juego la izquierda, busca un disfraz y se trueca en rayo, en bala, trata de ser freno que nos detenga, quiere alzarnos del barro en que caímos, se nos mete en el pecho para ver si logra ablandar nuestros corazones. Sus recursos son infinitos, hoy la disimula con modernos y actuales disfraces, es el ser más actual.”

Me senté de golpe en la cama, retrocedí la cinta, volví a mirar una vez más a mi Cristo pequeñito y efectivamente, era el brazo izquierdo. Le dije:

-“Es cierto, Señor, es esa mano izquierda la que tienes empleada conmigo. Yo no puedo estar en la categoría de la dulce Teresita del Niño Jesús, ni en la pobreza y amor de San Francisco de Asís, más me voy por el otro grupo... Soy tal vez torpe como Pedro, soberbia como lo fue Pablo, pecadora como la Magdalena... Pero, ¿por qué

permites todo esto? ¿No ves que yo no lo puedo manejar porque es Tuyo? ¿Qué más quieres, Señor de esta pobre alma que no te sirve de nada...?

Rompí a llorar como no lo había hecho en mucho tiempo. Se me agolparon imágenes y situaciones vividas durante el último año, desde la muerte de mi pequeño hermano, pasando por la muerte de mi mamá, el no haber ido a mi patria ya por casi dos años, los golpes bajos que recibí de personas a quienes tanto quise y a quienes traté de dar lo mejor; los esfuerzos que tuve que hacer para mantenerme serena, paciente, sonriente con aquellos otros a quienes escuchaba hablar mal de mí, y el esfuerzo por tratar de recibirlos con la auténtica cara amorosa de Jesús, en lugar de cantarles las cuarenta o presentarles la misma careta hipócrita que ellos me presentaban...

Las miradas que procuré no ver cuando comprobaba que se me vigilaba como a una malhechora, tratando de ver en qué trampa caía; las presiones que tengo que soportar tantas veces porque cada cual quiere que haga lo que le parece que es lo mejor, sin tener en cuenta si es lo que verdaderamente quiero o puedo hacer, y el constatar que ni con todo lo que pueda hacer, poco o mucho, logro complacer a todos.

Los esfuerzos para no permitir que mis enfermedades me dejen un día entero acostada en cama; las veces que me despiertan en las pocas horas que duermo porque sonó el teléfono o porque vino el aguatero o porque... bueno, porque se le ocurre a cualquiera. Las veces que tengo que pelear conmigo misma (¡Esa es la primera y más dura batalla del día, del momento, de cada instante que se repite!) sin poder terminar de domar ese potro salvaje que llevo adentro y que a veces quiere dar patadas hasta destrozarse muchos corrales.

El tratar de conjugar los roles de esposa, madre, secretaria, amiga, buena cristiana, abuela cariñosa, persona sociable, afectuosa madre espiritual, (por lo general, así nos llaman a las fundadoras de un movimiento laico), el procurar estar presentable y disponible a la hora en que los demás precisen de mí, aunque no sea más que para conversar tonteras, y encima poner cara amable, tratando de “disimular” –si vale el término- los momentos de desaliento, de enojo, de desagrado, de cansancio, de ganas terribles de estar sola un día entero...

Entonces sí escuché claramente la voz de Jesús dentro de mí: **“¡T e está doliendo mucho todo esto y aunque te resistes a llorar, Me estás culpando...!**

No ha salido a luz el pensamiento, ni se ha asomado todavía a mi consciente, pero Él sabe hasta el último de nuestros pensamientos cuando empiezan a tomar forma. Siento una vergüenza terrible, como quien se ve hallado en falta y le pido: “¡Si así lo hice, perdóname, Señor! ¡Ten piedad de mí!”

Ahora sí que mi llanto ahora es a gritos, he lastimado al Señor, encima de todo, ¡Si no sirvo para nada! ¡Me estoy auto-compadeciendo, yo que detesto las autocompasiones...!

En ese momento la grabación decía : *“... Cristo mío roto, te lo digo en nombre mío y de todos, porque todos somos valientes para pedírtelo desde ahora: Señor, si no basta para salvarnos la ternura de tu mano derecha, desclava tu izquierda, disfrázala de lo que quieras: fracaso, calumnia, ruina, muerte... Cristo, que seamos hijos de tu mano, de tu derecha o de tu izquierda...”*

Apreté entre mis manos mi Cristo y le dije: “Perdóname, perdóname, perdóname Señor, por este dolor que no piensa en el Tuyo, perdóname...” Ya no lloraba fuerte, solo eran sollozos entrecortados.

Tomé un poco de agua, me puse en oración y después de media hora volví a acostarme sobre la cama, y nuevamente encendí la grabadora para terminar de escuchar el casete.

“Atención, se ha perdido una cruz y no se da con ella (...) ¿Alguno de vosotros, ha encontrado una cruz? (...) Todos... todos, buenos y malos, santos y criminales, sanos y enfermos (...)

Oigo nuevamente la voz de mi Señor junto a la otra, como a dúo con el intérprete de la obra, pero en determinado momento se apaga la voz del casete para que yo entienda bien lo que Jesús me dice:

-Vamos, dame esa cruz tuya, dámela. Me doy en cambio a ti... Tómame, Soy tuyo, dame tu cruz, tómame... Júntanos, clávanos, abrázanos y todo habrá cambiado... Yo descanso en tu cruz y ahora tu cruz se ablanda Conmigo en ella.

Calló Jesús y siguió el intérprete solo , nuevamente en la grabación:

“Hemos encontrado una cruz, la nuestra, que resulta ser la de Cristo. ¿Quién te partió la cara? ...”

¡Qué mezcla de sentimientos! La dulzura que suele invadir ante la voz del Señor, la vergüenza por sentirme tan débil, la gratitud por Su consuelo... ¡Anonadamiento total ante Su amada Presencia en toda mi sangre y en todo mi espíritu!

Me sentía como ese perrito a quien el amo lo sienta sobre sus rodillas para acariciarlo, cuando está todo lastimado por las garras y dentelladas de los perros de barrio ajeno. No tiene más que a su amo, sólo quiere que él lo acaricie y cure sus heridas, porque están demasiado abiertas como para que otra mano pueda acercarse. Sólo la voz de

aquel que le provee todo es capaz de sosegarlo. Sólo aquel que lo limpia misericordiosamente cuando los otros lo apalean puede esperar que, en señal de gratitud, le lama la mano...

...Y solamente a Él obedecerá y cuidará, y ayudará aunque solo sea dando ladridos para correr a los ladrones, a los malhechores que rondan queriendo despojar a su Amo de lo que le pertenece, o a los que tratarán de lastimarlo...

“Oye, ¿No tienes por ahí un retrato de tu enemigo? De ese que te tiene envidia y que no te deja vivir, del que interpreta mal por sistema todas tus cosas, del que siempre va hablando mal de ti, del que te arruinó, del que dio malos informes sobre ti, del traidor que te puso una zancadilla,...”— sigue la voz de la cinta...

-¡Oh, Señor, no me pidas eso ahora! Dije nuevamente sollozando, espera un poquito, no puedes pedirme eso ahora...

Siguió la cinta: *“...Tienes que ponerme la cara del blasfemo, del suicida, del degenerado, del borracho, del asesino, del criminal, del traidor, del vicioso (...) ¿No ves que todos ellos pertenecen a esta pobre humanidad doliente creada por Mi Padre? ¿No te das cuenta que Yo He dado la vida por todos?...”*

-“Mi Padre se asomó desde el cielo para verme en la cruz y contemplarse en Mi Rostro (...) Sobre Mi Rostro, vio sobrepuesta sucesiva y vertiginosamente las caras de todos los hombres...”

Desde el cielo, durante aquellas tres horas terribles de Mi Agonía en la Cruz, contemplaba el desfile trágico de la humanidad vencida, mientras tanto Yo le decía: ¡Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen!”(...) Mi Padre vio pasar sobre Mi Rostro la cara del soberbio, observó, la del sectario, imaginando la destrucción de Dios, la del asesino frío y desalmado. Había labios repugnantes, ojeras hundidas marcadas con fuego de lujuria, alientos insoportables de ebriedad, palidez de madrugadas encenagadas en el vicio, turbadoras miradas de perversión y delito, de subterráneas anormalidades inconfesables y oscuras... Y Mi Padre...Dios las amó a todas y perdonó sus pecados.”

En este momento yo estaba en el suelo, de rodillas, temblando como una hoja. Temblando de dolor por Jesús, de vergüenza por toda la humanidad, de lástima por mis propios pecados, de gratitud por todo el mensaje que me estaba dando...

Hacía meses que estaba pidiendo un retiro espiritual, de aquellos que a una le sacuden el alma entre la dulzura y el amor, el arrepentimiento y la gratitud. ¡Qué pena no poder contemplar el esplendor de un alma pura, porque si pudiésemos verla, seguramente que gritaríamos de emoción y de alegría! El alma humana es espléndida delante de Dios. Y Él, que es tan delicado y tenaz, ve la manera de complacer al alma amada, pero siempre para elevarla, jamás para que se engría...

Ningún retiro habría sido tan fuerte para mi espíritu. Ninguna charla habría podido llevarme frente a un espejo y mirar mi desnudez, mi pobreza. Ninguna ventana me habría permitido contemplar a la humanidad en ese mosaico que brillaba ante mis ojos, impregnado de la luz de la mirada de Dios. Ningún encierro podría haberme llevado a la unión perfecta de sentir el gozo en medio del dolor y pedirle a Dios: “más, dame mucho más dolor, Señor, para que mi cruz Te sea agradable”

Santa Teresa decía: *“Después de esta vida viene el Cielo para siempre, para siempre, para siempre...”* Por lo tanto, aunque no sepamos los motivos, aunque nos invadan las penas, Dios siempre quiere y hace lo mejor para cada uno de nosotros y así debemos agradecerse.

La voz de la cinta concluía: *“Recordemos el rostro que mayor odio y antipatía nos produzca, acerquémoslo a Cristo, aunque sintamos temblar nuestro pulso; coloquémoslo sobre el Suyo e imaginemos que nuestro enemigo, ese ser que odiamos, ocupa Su lugar en la cruz.*

Cerremos los ojos, acerquémonos al crucificado y besemos reverentes y humildes su figura (...) Nos envolverá una voz cálida y musical, paternal y bondadosa. Aquella que hace muchos siglos nos dejara la más grande y maravillosa herencia que hombre alguno pueda tener, encerrada en sólo seis sencillas palabras: ‘Amaos los unos a los otros’.”

5. Palabras finales

Querido hermano o hermana, si tú estás entre los que me han lastimado tanto, si alguna vez mi silencio, mis lágrimas o algún arranque de mi temperamento también te han lastimado... A ti te hablo, escúchame por amor de Dios.

Te pido perdón y te perdono. El sol está muy alto y va a empezar a caer la tarde, y vendrán las tinieblas... ¿No escuchas que el viento las trae? Si no lo has hecho todavía, bájate del altar que te has construido y ayúdame a subir hacia lo alto...

Pronto vendrá el segador, ya la cosecha está al punto. Que nos encuentre de pie, tomados de la mano para ser más fuertes y que no nos arrastre la tempestad a cada cual por su lado.

¿Me has hecho daño? No importa, todos los hermanos en una familia se agarran a golpes, pero luego se perdonan y se dan un beso.

¿Te he lastimado? Perdóname de veras, los seres humanos a veces lastimamos a los que amamos. Mira a Jesús, clavado por nosotros, golpeado, escarnecido, y aún así, perdonándonos cada día...

Observa, por favor, abre los ojos. Reconocerás quién está detrás de todo esto para terminar contigo y conmigo... Siempre será uno: el maldito... a la cabeza de aquellos que habitan en los infiernos, y que parecen haberse soltado para echársenos encima...

Pero no te detengas a mirarlo, él quiere llamar la atención y lo mejor es ignorarlo... Por mi parte, al menos, eso es lo que haré. Regalarle muchas Avemarías para pedir por ti, y sé que a él le caerán como pedradas, y se masticará su propia cola.

Ahora, mira al frente. ¿Ves cómo va nuestro barco llamado "Ecclesia"? Atacado por los de afuera, sí. Pero observa quién va al Timón... Es Juan Pablo II, guiando este barco pronto a anclar en los dos majestuosos pilares que viera un día San Juan Bosco: En uno está la Santísima Virgen María, levantando los brazos para calmar la tempestad, porque es Reina de Paz y en el otro, el propio Cristo en la Sagrada Eucaristía, Sacramento y milagro de AMOR.

29 de agosto, día del Martirio de San Juan Bautista.

Mi profunda gratitud a:

Su Santidad, Juan Pablo II, por ser Moisés, Elías, Pedro, Juan, Pablo y otro Cristo en la tierra. Por sus oraciones, por su lucha, por su dolor y por su amor.

Mons. Stanislaw

Mons. Pablo

Mons. Piero

Mons. James

por cuidar del Santo Padre, con tanto cariño.

P. Ramón Cué, SJ

por su maravillosa Obra: "Mi Cristo Roto", que el Señor lo tenga entre Sus dos brazos por toda la eternidad de la que ya disfruta.

Mons. René,

Mons. Abel,

Mons. Manuel,

Mons. Adhemar,

Mons. Gonzalo,

Mons. Salvador,

por su enorme calidad humana,
por su sacerdocio íntegro y su episcopado valiente,
por su sensibilidad, su respeto al ser humano, su humildad.
por su valentía, por su sencillez.
por sus enseñanzas un día, y por su nobleza y apoyo de hoy,
por su caridad y cariño, su docilidad al Santo Espíritu de Dios.

Mons. Rodolfo,

Mons. Hernán,

por su ejemplo de caridad, por su valor y solidaridad.
por dejarse dorar el corazón con la Santísima Virgen.

-Soldados Oscar y Marta, por su ayuda valiente y segura. Sus palabras, sus cartas, sus oraciones, han sido muy importantes para esta soldada.

-A todos los que nos combaten o persiguen, por la cruz, por el dolor, por hacernos partícipes de las Bienaventuranzas... Gracias por ayudarnos a ganar un pedacito de cielo.

MI RECONOCIMIENTO, CARIÑO Y RESPETO A:

-Queridísimos P. Renzo y Hugo, por haber permanecido junto a mí, y no en los "mejores momentos".

-Ricardo, por dignificar el manto rojo que una noche en Australia el Señor te confiara.

-David y Martha, por estar, por callar, por hablar, por ayudar, por sufrir, por creer, por amar y respetar. Por ser familia.

-Todos los tan apreciados sacerdotes que apoyan a este Apostolado y de quienes recibí una oración y una bendición. Dios premie abundantemente su apoyo, ahora y en la Vida Eterna.

-Fafy, por el cuadro de Jesús caminando sobre las aguas, así te quiere Él hoy, amiga. Gracias, porque ese cuadro es como el monumento a la fe... recuérdame siempre.

-Mireya, por las horas de paz en que uniste lo roto.

-Laura, por enseñarme el valor, por permitirme servir a Jesús y amarlo en ti, durante todos estos meses. Por esperar más allá de la desesperanza. Gracias por todo lo que recibí de ti, silenciosamente.

-Juan David, por ser instrumento dócil del Santo Espíritu en esta vivencia.

-Magaly, P. Miguel, Mario y Noriska, porque hay que ser valientes para “estudiar” la vida y defender la ajena aún a costa de la propia.

-P. Teófilo, porque su vida es Evangelio.

-René, por abrirme las puertas de tu casa, tu gran Portal, sin conocerme siquiera.

- Víctor y Norma, por la acogida en su hogar, por sus amigos, por cocinar para mí, por escuchar y permitir que otros escucharan nuestro testimonio.

-Luís Alfredo, porque “Concierto en la Habana” fue la piedra que quebró este cántaro de dolor, para que se desbordase el caudal de lágrimas contenidas.

-Alvarito, porque serás Bienaventurado al soportar en Su Nombre y por causa Suya las calumnias, las mentiras, la persecución... así trataron a los Profetas.

-Diana, Mine y familia Monterrey por la frescura, la lealtad y transparencia de su amor.

-Brenda y Luz María, de tal palo, tal astilla... y cargando con alegría esta Cruz de Jesús.

Gracias, familias ANE de México DF, Guasave, Querétaro, Veracruz, Cozumel, Mérida, León, Ciudad Victoria, Guadalajara...

-Gracias, Elsa, por el ángel que me regalaste y “El día que me quieras”, que interpretaste en piano, maravillosamente, para mí.

-Iraida, por nuestra amistad tan linda y tan fuerte, tan sencillamente cálida. Por regalarnos un concierto privado. Por amar a Mili y cuidar a tantos “Don Tato”.

-Rosy, María Esther y Myriam, por la comprensión y el don de servicio, el invaluable apoyo y el cariño que nos tienen.

-**Tatiana y Francisco**, por ayudarme a llevar el arado y mirando al frente, para que los surcos sean muy rectos.

-**Mis nietos**, por su amor gratuito, inocente y puro. Por sus cálidas sonrisas.

-**Richy, Any, Cecy, Clau Richito, Mónica y René**, por caminar también sobre las aguas, unas veces estirándome y otras... tragando un poco de agua, por mí.

-**Lolita**, por hacerte cargo de todos estos terribles hijos y ofrecer tus sufrimientos. Por tu casa y tu mausoleo, que han servido de morada para los que amé y que hoy no están ya entre nosotros, los que estamos de paso.

-**Judy**, por quedarte aquí en lugar de mi mami.

-**Gabriel**, por decir que sí al Señor.

-**Hernán**, por esforzarte cada día en comprender a estos "locos del Señor".

-**Cecilia, Octavio, Rogelio, Carmen**, por su amor, su profunda lealtad, su señorío y su entrega a esta Obra de Dios.

-**Francisco**, por tu aporte al "comedor del pobre" Ministerio de este Apostolado.

-**Ana, Lucy, Kitty, Lulú y todo el equipo ANEMER** por su lucha y su lealtad.

-**Ruy y Ana Rosa**, por alcanzar sus manos a Jesús para que se sirva de ellas también.

- **Miguel**, por tu serenata a mi madre en el día de su boda eterna con Dios.

-**Martita y Leti, mis dos hermanas que alumbran con su ceguera**: porque aceptaron con amor que el Señor les permita ver lo único que vale la pena: El mundo interior que ama Jesús; porque al llevar con alegría su ceguera física, permiten que Dios alumbre nuestro caminar. Gracias por ofrecerse en favor de su Apostolado.

-**ANE Bolivia**, porque en cada latido mi corazón los atrae con el más nostálgico y a la vez presente recuerdo y cariño. Porque, como una niñita, me tomaron de la mano para que comenzara a caminar.

-**ANE México, Colombia, Argentina, Australia, Estados Unidos, Perú, Chile, Brasil, Italia, Austria, Alemania, Polonia, Nueva Zelanda, España, Ecuador, Panamá... y a los miembros de las casitas de oración de tantos otros países**, porque cada uno de ustedes contribuye al crecimiento de esta obra de Dios...

-**Familia entera del ANE**, gracias, gracias...que Jesús premie su esfuerzo y entrega.

- **Doña Elvira, Sor Chiara y Doménica**, por ser también mi familia.

- **Doña Lía**, por traducir con tanto amor y responsabilidad los libros de este Apostolado, el Señor sabrá recompensarla.

-**José**, por sus lágrimas en el velatorio de mi madre, porque está siempre dispuesto a ayudar con una sonrisa y un “*yo lo hago*”.

-**Doris**, Dios premie tu alma, tus sufrimientos, tu silencio, tu soledad y tu cariño al cuidar de mí. Por ser ese pobre que todo lo da y a quien Jesús tanto ama... ¡Un día sabrás cuánto te ama!... ¡Naciste buena, no cambies nunca!

**TODOS, TODOS USTEDES FUERON MUY IMPORTANTES... TAMBIÉN
A LA DISTANCIA, DURANTE EL ÚLTIMO TIEMPO,**

Catalina